

# EL RADICAL

ÓRGANO DEL CÍRCULO LITERARIO DE LIMA

AÑO I

LIMA, 15 DE ENERO DE 1889

N. 2

## SUMARIO

EDITORIAL. — 13 y 15 de Enero, por F. A. Secada.....	17
Id. El Contrato, por M. G. Prada.....	17
LITERATURA. — Numa, Leyenda, por Victor G. Mantilla, leída en la última actuación pública del Círculo Literario.....	20
Id. D. Francisco de Quevedo, por N. A. Gonzáles.....	24
Id. Casamiento y mortaja del cielo baja, por Carlos Germán Amézaga.....	25
HISTORIA. — La sucesión de los Incas. Monografía histórica por Pablo Patron.....	27
CRÍTICA. — Antonio Canovas del Castillo, juzgado como prologuista por Leopoldo Alas (Clarín).....	29
REVISTA DE LA QUINCENA.....	31

## EL RADICAL

LIMA, 15 DE ENERO DE 1889

### 13 Y 15 DE ENERO

Los pueblos no deben hacer reminiscencias de sus desgracias sino cuando tienen sangre en las venas y hierro en los músculos, es decir, cuando son nobles y activos y ansían la revancha.

Los infortunios de la Patria no se conmemoran con lágrimas en los ojos, sino con hiel en el alma y orgullo en el corazón.

El llanto empequeñece y anonada, la altivez en la desgracia conforta y regenera.

Por eso nosotros, hijos de una Nación desdichada, conmemoramos la inmolación de cuatro mil hermanos, con la frente erguida y el corazón palpitante de energía: parece que quisiéramos borrar de nuestra mente el oprobioso y fatídico recuerdo del pasado.

Y hoy que la Patria llora recordando nuestra inercia de ayer, queremos enjugar ese llanto no con la esponja de la pusila-

nidad, como lo hicieron nuestros padres, sino con la sangre que brote de nuestras venas.

Sí, con sangre, porque el oro no restaña las heridas abiertas con el hierro, ni el llanto es bálsamo de consuelo para el afligido: la pólvora y el plomo son cauterios y lábaros de gloria.

Oro, mucho oro necesitamos para recuperar nuestro crédito en el extranjero; pero Tacna, Arica, Iquique y Tarapacá que son las víctimas más caras de la adversa suerte que le cupo á nuestra Patria en los campos de San Juan y Miraflores, no nos piden oro para su rescate; nos piden hierro.

Y, en efecto, solo el hierro es capaz de doblegar la codicia de nuestros enemigos y no hay contrato ni negociado alguno que pueda fundir ese hierro en el corazón de los peruanos.

Nosotros solos, nosotros los jóvenes que representamos en la actual situación del Perú al Camilo de Roma, sabremos arrancar de nuestros cerros el oro para los verdaderos acreedores y el hierro para los enemigos.

Cuando la juventud de un pueblo abatido y escarnecido por la desgracia hace resonar su voz con entereza, las naciones enmudecen y esperan.

F. ALBERTO SECADA.

## EL CONTRATO

### I.

Se haga ó no el *Contrato*, queda el triste papel representado por el Ejecutivo.

Desde el telegrama que Lord Salisbury dirigió á nuestro Gobierno (por ceder á las insinuaciones de algunos negociantes de las Cámaras inglesas), hasta la instalación del Congreso

extraordinario de 1889, el actual Ministerio ha caminado de error en error, ha sido un cómico silbado por los espectadores.

La ligereza en contestar el telegrama del Jefe del Ministerio inglés y la precipitación en celebrar conferencias con un representante que no traía poder alguno de sus representados son acaso las menores faltas del Gabinete presidido por el Sr. Denegri.

Hay en los hombres del Gobierno un deseo tan febril de consumar el arreglo con una parte de los Tenedores de nuestros bonos, que el pueblo, escaldado ya por las maniobras de sus antiguos mandatarios, piensa que el hoy es una copia del ayer y atribuye el deseo febril á motivos no muy laudables ni muy honrosos. Algunos llegan á pronunciar la palabra cohecho.

El Ejecutivo no deseó jamás oír á la Nación ni consultar al Congreso: quiso imponer su voluntad. Hoy mismo, ¿qué es sino imposición el encarcelar periodistas adversos al negociado, el devolver á la Cámara de Diputados un contrato varias veces rechazado y el andar á caza de representantes cuyos suplentes no obedecen la consigna?

Desde las entrevistas familiares de los Ministros con algunos grupos de congresantes, para resolver si convenía recibir oficialmente á Lord Donoughmore, se notaba ya en el Gobierno la idea de rehuír explicaciones, la impaciencia en escuchar toda observación desfavorable á Grace y la resolución inquebrantable de imponerse. Algún diputado tuvo que enmudecer por evitar una escena dramática.

Nadie fué ahí más ardoroso defensor de Grace y Donoughmore que el Ministro Alzamora. A fuer de abogado, sólo empleó ambigüedades, evasivas y subterfugios, imaginándose *de informe* en la Corte Suprema y tratando á los representantes de la Nación como á procuradores de parte contraria.

Todos saben que el señor Alzamora (salido de su estudio de abogado para coger la cartera de Relaciones Exteriores), verifica su estreno en la Diplomacia atrayéndose la antipatía de los ministros extranjeros por documentos *sui-generis* en forma y fondo. Algo sabemos todos sobre los bochornos que le acarrearán su inexperiencia en la Diplomacia y su deseo febril de olvidar á los tenedores de bonos que no pertenecen al Comité inglés.

El papel desempeñado por el Ejecutivo es triste ante el Cuerpo Diplomático, ante la Nación y ante el Congreso.

Triste ante el Cuerpo Diplomático por lo que se ha dicho en las anteriores líneas, y porque... el tiempo se encargará de llenar los puntos suspensivos.

Triste ante la Nación, por los continuos y repetidos ataques de la prensa independiente y por

los desfavorables comentarios de todos los hombres desapasionados, pues no falta quien acuse al Ejecutivo de juez y litigante, de abogado y agente de pleitos, de escribano y corredor de bolsa.

Triste ante el Congreso, porque en ninguna parte, ni en las Repúblicas de Liberia ó Andorra, se concibe la existencia de un Ministerio sin mayoría en el cuerpo legislativo y con censura de una Cámara, pues censura significa el rechazo y la devolución por dos ó tres veces del Contrato. Esto no será muy legal en el Perú, donde no impera el parlamentarismo británico; pero es muy decoroso. En los estrados judiciales hay derecho contra todo: en los hombres públicos no hay derecho contra vergüenza.

Hasta risa provoca el triste papel del Ejecutivo en su deseo de festinar trámites para consumar el negocio.

Gobierno y partidarios de Grace parecen convidados á opíparo festín. La hora de la mesa tarda un poco, el mayordomo no acaba de tocar la campanilla; pues bien: los convidados asaltan al cocinero, se preparan á destapar las cacerolas.

La actual situación financiera del Perú se resume en esta frase: todos los convidados en la cocina.

## II

El triste papel desempeñado por el Ministerio no deja de ser más triste ante el General Cáceres: aparece como el director de la danza vertiginosa, formada al rededor de un hombre para marearle y perderle.

Conviene imaginarse que el General Cáceres sea cómplice inconsciente de cuanto se trama. Como la mujer de César, debe quedar libre de sospecha.

Pero, el soldado campechano, que responde con artículos de la Ordenanza militar á quien le argumenta con leyes constitucionales, cae fácilmente en la red de malos consejeros, no tiene armas contra argucias de tinterillos y trapisondas de mercachifles.

Como los trovadores de la Edad media se enamoraban de oídas, quiere decir de mujeres que no habían contemplado una sola vez en su vida, así el Presidente de la República parece existir apasionado de un Contrato que no ha visto de cerca ni de lejos.

Que el General Cáceres haga enmudecer por un solo instante á la orquesta y cuerpo de coros que en pleno Palacio de Gobierno trabajan día y noche á beneficio del Contrato: oirá lo que debe oír, que donde el oro no soborna periódicos ni compra firmadores de *actas populares*, que donde las autoridades cesan de intervenir con la fuerza ó los buenos oficios, que

donde el pueblo se conduce y habla con independencia, el *Contrato* es abiertamente combatido y rechazado.

Que el General Cáceres, para ejercer con toda libertad el sentido del olfato, disipe la densa nube de incienso que satura su atmósfera y embriaga su cerebro: sentirá que sus allegados, consejeros y nuevos amigos trascienden á guano, salitre, cédulas hipotecarias ó papel sellado.

Examine también si los que le rodean en vísperas del negocio magno estuvieron á su lado en horas del peligro inminente.

¿Quiénes son hoy sus opositores en la Cámara de Diputados? Sus amigos de ayer, los que le siguieron en las peripecias y escaramuzas por las breñas, los que le allanaron el camino á la Presidencia de la República. ¿Quiénes son hoy sus amigos ó consejeros? Sus enemigos de ayer, los que le vilependieron en la prensa, los que se regocijaron con los chilenos por la derrota de Huamachuco y los que festejaron con Iglesias el descalabro de Lima el 27 de Agosto.

Los antecedentes de consejeros oficiales y patrocinadores del *Contrato*, siembran desconfianzas, naturales en un pueblo cien veces engañado y cien veces vendido. «¡Como!, dicen muchos con esa implacable lógica del hombre sano y sencillo, los que no tuvieron ni tienen «honradez pública ni privada, los que arruinaron al país, ¿se juntan hoy para clamar «contra los deudores morosos, se transforman «en pagadores de probidad catoniana? El «trato ha de ser funesto, por sus defensores: á «malos hombres, malas causas».....

Efectivamente: ¿quiénes han despertado en Europa á los adormecidos tenedores de bonos, quiénes han contribuído á la formación del inícuo Memorándum secreto, (1) quiénes han ganado ya ingentes capitales con juegos de bolsa, quiénes han traído á Grace y Donoughmore, quiénes han defendido las pretensiones absurdas de Chile contra los derechos saneados del Perú? No los ingleses ni los chilenos, sí los peruanos, los de siempre: los hombres ó los descendientes de esos hombres que fraguaron la Consolidación; que aguzaron y movieron á España contra el Perú, 25 años há, por realizar pingües riquezas con el reconocimiento de supuestos créditos de la Independencia; que verifica-

(1) Para probar la autenticidad del Memorándum secreto de 27 de Diciembre de 1887, autenticidad negada por Lord Donoughmore y el actual Ministerio, basta citar la nota que Mr. Waddington, Embajador de Francia en Londres, dirigió al Marqués de Salisbury el 16 de Junio de 1888.

En esa nota manifiesta el Embajador francés «que no ve razón suficiente para estar satisfecho con el Memorándum secreto de 27 de Diciembre de 1887, presentado por el Comité inglés para subsanar la oposición de Chile al *Contrato* Grace.

El Embajador reitera también sus reservas sobre el resultado final de la negociación.

ron el ruinoso negociado con Dreyffus; que de rodillas recibieron el oro de Meiggs, el oro ganado con la deshonra de las madres, de las esposas y de las hijas; que efectuaron la escandalosa expropiación del salitre; que en las supremas angustias del Perú no contribuyeron con un solo centavo á las erogaciones para proveernos de rifles y buques ni derramaron una sola gota de sangre en los campos de batalla; que, en fin, sembraron el desaliento, encendieron la discordia y pronunciaron esa frase típica, gráfica, inconcebible, capaz de enfurecer á las piedras y provocar náuseas en los gusanos de un sepulcro: ¡antes que Piérola, los chilenos!

No debe admirar que para la celebración del *Contrato* se confabulen hoy los hombres que hasta el día de ayer vivieron separados por intereses opuestos y opiniones diversas; la desunión y guerra de familia estallarán mañana: en la cueva de Rolando reinan paz y armonía en los preparativos del asalto: riñas y cuchilladas vienen después, en el repartimiento del botín. Todos se juntan hoy y concentran sus fuerzas, van á luchar cuerpo á cuerpo; es la última y desesperada embestida del tiburón á la presa que se escapa.

Hay pues una agitación vertiginosa. Los círculos financieros del Perú semejan un lago de aguas muertas: nada les turba; pero no bien asoma un negociante, elevando y sacudiendo la bolsa, y ya surgen manos sanguinolentas y crispadas en actitud de atrapar el oro del cohecho.

El pueblo tiembla, por que el *Contrato* viene no como una solución, sino como una complicación: no como el corte á un hilo enmarañado, sino como un nudo más en la enredada madeja de nuestras finanzas.

Nada significan las complicaciones con los Gobiernos de Europa ante las complicaciones que vendrán con nuestro implacable enemigo. Una vez celebrado el *Contrato*, Chile hará surgir inmediatamente la cuestión de Arica y Tacna. Evadiendo la celebración del plebiscito, se declarará poseedor de esos territorios y distribuirá entre los reclamantes extranjeros los 10 millones que debe entregar al Perú, sin olvidarse de rebajar los adelantos hechos al Gobierno de Iglesias. Y así, mientras la Nación peruana queda en la miseria y el descrédito, Chile se libera de sus compromisos con los Gobiernos europeos y adquiere ilimitado crédito en los mercados financieros.

Se pretende alucinar á los incautos con nuestro cercano engrandecimiento, con una repentina lluvia de oro.

Inglaterra debe el engrandecimiento á su comercio, Prusia á sus conquistas violentas, Francia á su riqueza territorial, Estados-Unidos á su trabajo y actividad; pero no hay ejemplo

de nación engrandecida con juegos de bolsa ni con negociaciones á estilo del Contrato Grace.

La ley del Perú fué: hoy la lluvia de oro, mañana la lluvia de plomo: después de la Consolidación, la batalla de la Palma; después del negociado con Dreyffus, la elevación de Pardo sobre los cadáveres de Balta y los Gutiérrez; después de la expropiación del salitre, las revoluciones de Piérola y la guerra con Chile.

¿Después del Contrato Grace? Una guerra de antropófagos en la Torre del hambre.

Hay algo peor. La aprobación del Contrato implica una ignominia para el Gobierno y el Congreso: la ratificación solemne del tratado de Ancón.

Una cosa es que un Gobierno y un pueblo se resignen á tolerar un hecho consumado por la fuerza, y otra cosa que un Gobierno y un Congreso constitucionales ratifiquen lo que aprobó y ratificó un congreso tiberiano. El tratado de Ancón es frase que no debía resonar en nuestras Cámaras: hay citas, hay referencias, hay alusiones que significan una ignominia.

¿Sólo para derrocar al hombre de Montán se encumbró el hombre de Huamachuco? El General Cáceres, ¿es el caudillo de una causa ó el simple sucesor de don Miguel Iglesias?

Repetimos, el general Cáceres vive mareado: la cabeza más fuerte no resiste al zumbido de los zánganos palaciegos.

Y ¿en qué momentos quieren quitarnos el último resto de nuestra honra y los últimos restos de nuestra riqueza! Cuando el Perú se mira entre Chile y Bolivia, entre el pólipo que pretende enroscarse á nuestro cuerpo para hundirnos en las profundidades del mar, y entre la serpiente que dormita de cuando en cuando para despertar siempre con más hambre de engullirse al Perú.

Contrato como el contrato Grace no se discute cláusula por cláusula, se desecha en globo; no aparece como un organismo que merezca disección y estudio, sino como una obstruyente aglomeración de cascajo, digna de ser volada con dinamita.

Cualquier ciudadano se habría cambiado por el Coronel Cáceres vencido en Huamachuco; pero ni el más humilde hijo del Perú, ni el autor de estas líneas se cambiaría por el General Cáceres, firmante del Contrato Grace.

M. G. PRADA.

## LITERATURA

### NUMA LEYENDA

#### I

Del Titicaca sobre la onda fría,  
bajo un cielo de estrellas tachonado,  
su débil balsa de totora guía  
hacia una isla un indio enamorado.

El remo á veces reposando deja,  
la quena empuña, y el sonido brota  
como una larga, interminable queja  
que va á perderse en extensión remota.

¿Quién á su canto singular responde  
con dulce voz desde la orilla oscura?  
vibra en tal direccíon, pero, ¿de dónde  
parte esa voz tan melodiosa y pura?

Eso lo sabe el pescador que rema  
con doble impulso hacia el lugar querido,  
donde una virgen de beldad suprema  
espera á su gallardo prometido.

Un promontorio de plumizas rocas  
es el lugar de la nocturna cita,  
mudo testigo de las ansias locas  
de una doncella que en la isla habita.

Numa está allí paseándose intranquila,  
que mucho tarda el suspirado amante;  
del matiz de la noche es su pupila  
del color de la tarde es su semblante.

¡Por fin! — exclama — la barquilla leve  
aprisionada entre juncales queda;  
salta el amante, y el lenguaje breve  
de un dulce beso en los espacios rueda.

«Cuánto tardaste mi adorado amigo,  
Numa le dice con lenguaje tierno,  
»ya tú lo sabes, si no estoy contigo  
»sufro indecible padecer eterno.  
»Yo no gozo la luz de las esferas  
»mientras el día á su morada avanza,  
»con la luz de mis altas compañeras  
»llegas tú, mi ilusión y mi esperanza.  
»Y entonces dejo la paterna choza,  
»donde duermen mis padres blando sueño,  
»y vengo á este lugar, y Numa goza  
»escuchando las frases de su dueño.  
»Tu eres mi dueño, sí, noble y altivo:  
»sangre del inca descendió á tus venas;  
»porque tengo tu amor, yo sé que vivo  
»aunque vivo entre lágrimas y penas.  
»¿Quién se fija en la huérfana que llora  
»á la sombra del árbol que no es suyo?  
»¡Para ella no más luz ni más aurora  
»que su hondo amor, y aquel amor es tuyo!  
»Cuando subo á los cerros mi ganado  
»tiendo la vista sobre el lago inmenso  
»y á lo lejos diviso de mi amado  
»la isla gentil, y en mis amores pienso.  
»No sé que acento en mi interior se eleva,  
»mi dulce Quima, que me anuncia claro  
»una terrible y desastrosa nueva:  
»se va á nublar de nuestra dicha el faro.

»¡Ah, no me hables así! — Quima la dice —  
»no tiene causa tu temor mi bella,  
»¿no ves como la noche nos predice  
»todo un siglo de amor en cada estrella?  
»Cuando brote el maíz su verde grano  
»y las habas su flor muestren al día,  
»¡cuán alegres — asidos de la mano —  
»cruzaremos la isla, amada mía!  
»Yo á la choza vendré de tus mayores  
»y allí á los ojos del que esté presente,  
»te quitaré la *llicllia* de colores [1]  
»para ceñirla á mi ardorosa frente.  
»Después los pescadores, mis amigos,  
»y las doncellas de la tribu todas,

(1) *Llicllia*, especie de manta que usan las indias.

de nuestra dicha quedarán testigos  
y entonarán el himno de tus bodas.

Sobre una roca de contorno vago  
fija está la pareja enamorada,  
á sus piés, como alfombra, el ancho lago  
y por dosel la bóveda estrellada.

Ella reclina su gentil cabeza  
sobre el pecho de Quima y se adormece,  
y él la mira con íntima tristeza  
pues si dormida está, muerta parece.

Numa yergue su busto primoroso  
y dice — «el alba en el oriente asoma,» —  
y agrega para sí — «cuán pavoroso  
y triste sello el firmamento toma.»

Un beso más — adiós — vuelve mañana —  
no me olvides mi bien — nunca te olvido;  
húndese el remo, y la barquilla ufana  
vuela y despierta al lago adormecido.

## II

En aquella región triste y sombría  
donde tiene el invierno su morada,  
donde no llegan de la mar bravía  
los ecos con la luz de la alborada;

donde no elevan árboles ni flores  
su frente al cielo, y las pintadas aves  
no abren al sol sus alas de colores  
ni el aire pueblan de gorgoros suaves;

donde la vista del audaz viajero  
siempre descubre sábanas de nieve  
ó extensiones sin norte ni lindero  
que sólo el viento á recorrer se atreve;

al pie de la nevada cordillera,  
intranquilo en su cerco de juncales,  
retratando los astros de la esfera  
y al cóndor volador, en sus cristales;

duerme guardando el sueño de sus reyes  
el Titicaca, soberano, frío,  
el mito de la Ciencia y de sus leyes  
cuyo lecho es el lecho del vacío.

Las virgenes del sol en sus orillas  
el purpurino labio refrescaron,  
y en ligeras y dóciles barquillas  
su brilladora inmensidad cruzaron.

Y el semidiós, el inca poderoso  
vió reflejarse en su movable seno  
la aguda flecha, el cetro luminoso  
y el rico manto de diamantes lleno.

Fueron sus islas en edad distante  
cuna de un pueblo que dejó en memoria  
templos [1] de hermosa construcción gigante  
que son enigmas de la humana historia.

¿Hoy quién las puebla? — miserables cabañas  
el indio en ellas levantar procura  
de leve paja y de flexibles cañas,  
tranquilo hogar de su existencia oscura.

La activa mano en el erial aplica,  
reverdece el maíz, brillan las habas,

el esbelto alcocer de savia rica,  
y florecen las rojas betervas.

Allí están esas islas primorosas  
prestando lecho á diminutos ríos,  
(1) vista al lago que adornan y orgullosas  
de su túnica verde de sembríos.

La más hermosa de las islas guarda  
una perla que un rey envidiaría:  
es la niña inocente, la gallarda  
pastora de la abrupta serranía.

Vedla sentada con ingénuo gracia  
en el umbral de su sencilla puerta,  
peinando, al sol, su cabellera lacia  
dócil al tacto de su mano experta.

Negra túnica viste á la cintura  
por irisado cinturón ceñida,  
cubre de su amplio seno la hermosura  
suave tela de púrpura teñida.

A veces queda el peine perezoso  
fijo en las hebras — su mejilla toma  
vivo color — su seno voluptuoso  
se alza, y un nombre á su memoria asoma.

Permanece un instante pensativa  
y sobre el lago su mirar pasea,  
después la trenza su atención cautiva  
y emocionada vuelve á su tarea.

¿Quién al ver ese rostro iluminado  
por la mágica luz de la inocencia,  
pudo soñar que cambiaría airado  
su quietud en furiosa turbulencia?

Pero es así, que una altivez nativa  
y lo viril de un corazón ardiente,  
bien se revela en la mirada viva  
y la rígida calma de la frente.

Su rostro es como el cielo de sus lares,  
un instante sereno y delicioso,  
sembrado de lucientes luminares  
y más tarde sombrío y tempestuoso.

Nada podría contrariar su anhelo  
ni doblegar su voluntad de roca;  
si sufre á nadie pedirá consuelo,  
ella se basta, y su dolor sofoca.

Tal es Numa, la huérfana crecida  
bajo la sombra del extraño techo,  
sólo alegran las horas de su vida  
los latidos de amor que da su pecho.

Mientras Numa da vuelo á su tristeza,  
hacia ella viene, silencioso y grave,  
un anciano que luce en su cabeza  
rayos de luna que contar no sabe.

«¿Qué hace la virgen de pupila oscura  
tan solitaria en el umbral sentada,  
cuando viene á ofrecerle la ventura  
su padre que la juzga enamorada?  
¿Por qué no llega con ligero paso,  
como cierva gozosa, la hija mía  
para brindarme una caricia? ¿Acaso  
lo que voy á decir la contraria?»

(1) En una de las islas del Titicaca existen los restos del templo de la Luna.

(1) Las islas del Titicaca ofrecen un espectáculo bellissimo pues son verdes en toda su extensión.

Esto dice el anciano, y la doncella se alza, vacila, se repone, advierte brazos tendidos, se adelanta, y sella los ojos que la ven con beso fuerte.

Y aquellos ojos de mirar hastiados la cascada de soles de una vida, sin nublarse una vez, ceden nublados á un arroyo de lágrimas salida.

Vuela un instante de silencio y calma, Numa el sollozo turbador reprime, recobra el viejo la quietud de su alma, de su mirar la claridad sublime.

»Numa, tu padre es hoy el mensajero  
»de aquel que sueña con llamarte esposa,  
»él es digno de ti, por eso quiero  
»que tu consientas para ser dichosa.  
»Y aunque me privan del sostén que riega  
»paz y frescura en mi mortal camino,  
»no me puedo oponer, y es porque llega  
»la hora en que ha de fijarse tu destino.  
»Mas no pretendo que mi juicio ampires,  
»que des á quien yo doy la bienvenida,  
»sobre el que ha de llevarte á los altares  
»sea tu corazón el que decida.  
»Hay en la isla un pescador airoso  
»que siete balsas de pescar mantiene;  
»Numa, ¿quieres á Huila por esposo?  
»ó dime el nombre del rival que tiene.  
»¿Por qué bajas los ojos y sepultas  
»en el pecho tu rostro y enmudeces?  
»si es que agitan tu sér penas ocultas,  
»¿por qué no me hablas como en otras veces?  
»¿No soy el padre cariñoso y bueno  
»que tus caprichos como ley acata?  
»nunca me ha sido tu dolor ageno  
»y ahora sufres y callas, ¡cuán ingrata!  
»Eras niña. Colmaron mis antojos  
»venciendo de mi suerte los agravios,  
»la primera mirada de tus ojos,  
»la primera sonrisa de tus labios.  
»Después, hermosa, espiritual creciste,  
»conservando en tu sér gracia divina  
»y á mis débiles ojos te ofreciste  
»como el sol cuando rompe la neblina.  
»Soñé verte feliz, sin desengaños  
»sin penas, sin dolor; soñé que fueras  
»la grata luz de mis postreros años,  
»el verde de mis tristes primaveras.  
»Y un digno esposo para tí buscaba  
»que mi bella ilusión realizaría,  
»¡desdichado de mí, que no pensaba  
»que he perdido el amor de la hija mía!

Calló el anciano. La expresión risueña de su semblante, se trocó en visible y repentina palidez: la seña de su angustia tenaz, indefinible.

Llicta era el viejo, Su decir henchido de tiernas frases resonó primero de la doncella al delicado oído como anuncio de un goce venidero.

Libres alas dejó á su fantasía, pensando en él, en Quima, el misterioso amante á quien muy pronto le daría el hechicero título de esposo.

De un pescador le hablaban: con la aurora Quima tiende sus redes, que retira

cuando el *suche* de escama brilladora (1) cautivo en ellas palpitando espira.

Pero, ¿qué nombre escucha que estremece las fibras de su sér? ¿por qué sus ojos se nublan, y su rostro palidece y vuela el tinte de sus labios rojos?

«Huila!» Lleva ese nombre un desconsuelo para la pobre Numa en cada letra; «Huila!» Nombre fatal, flecha de hielo que su sensible corazón penetra.

Hablar pretende, es imposible, y calla, quiere llorar, la lágrima no brota; por un instante su conciencia se halla como eslabón de una cadena rota.

Su pensamiento herido y trastornado no descubre una idea, nada piensa: es un rayo de sol interceptado por nube pertinaz oscura y densa.

Pronto el matiz á sus mejillas vuelve, obedece la voz á sus deseos, y á decir á su padre se resuelve la historia de sus tiernos devaneos,

Comienza á hablar. Su tembloroso acento revela una emoción que la anonada; Llicta la escucha con oído atento y expresión de alegría en la mirada.

«Cuando suelta su clámide la noche  
»y el silencio es igual, y las estrellas  
»como flores de luz abren su broche,  
»Quima viene á contarme sus querellas.  
»Nos hablamos de amor» — ¡Calla maldita!  
»esa lengua detén — ruge el anciano —  
»da tu mano al que audaz la solicita  
»mas antes, en el fuego pon tu mano.  
»¿No me oíste contar? Una mañana  
»tendidos en el borde de un camino  
»dos cuerpos ví que á su codicia insana  
»inmolara crúel un asesino?

Es tal escena, en mi memoria fija, el eterno fantasma de mi mente; tú eres de aquellas víctimas la hija, Quima de aquel malvado el descendiente.

### III

Se ha puesto el sol. El campo de la nube la niebla invade y su crespón dilata, la luna adolescente oscila y sube con su diadema de bruñida plata.

Las estrellas dormitan, y se empeñan en dar escasa luz para su cielo, como timidas vírgenes que enseñan el rostro á medias tras el blanco velo.

Es el frío glacial, la noche oscura. Con tiempo semejante, ¿quá atrevido deja la tibia choza y se aventura por lugares que el viento habrá elegido?

Quién será sino Numa, la amorosa vicuña de los Andes, que en el flanco muestra la flecha aguda y venenosa que sus entrañas eligió por blanco.

(1) *Suche*, pescado del lago.

Es Numa, es ella. A la nocturna cita  
va como ayer, pero con más violencia  
su atribulado corazón palpita  
y va llena de sombras su conciencia.

Tremenda lucha en su interior sostiene  
su amor con el deber: horrible historia  
esa que Llicta á revelar le viene  
y que es marca de fuego en su memoria.

» ¡Madre! ¿qué es una madre? idolo santo  
» del corazón que se conserva ileso,  
» ángel que trueca en alegría el llanto,  
» que nos acerca el cielo con un beso.  
» Y no la conocí, ¿por que la lloro?  
» ¿Quién se encarga de hacer que yo la vea?  
» ¿Por qué causa recóndita que ignoro  
» forma parte su imagen de mi idea?  
» Pajarillos del aire moradores,  
» si llegais con la luz á mi ventana  
» á entonar vuestro cantico de amores  
» quién os repetirá: volved mañana?  
» ¡Quima! — su padre el asesino aleve,  
» fria mi madre al borde de su lecho;  
» en el suelo mi padre... no se mueve,  
» rígido el cuerpo, ensangrentado el pecho.  
» Una canción, yo tiemblo, se aproxima  
» la balsa al promontorio. ¿Quién me besa  
» los labios y la frente? Es el, es Quima.  
» Sangre en sus labios hay — ¿qué sangre es esa?  
» Luminarias del cielo, vuestra lumbre  
» irradiará del lago entre la espuma,  
» del alto monte en la nevada cumbre,  
» mas no en los ojos de la triste Numa.  
¿Quién me llama?.....

» Cuan negra y qué tranquila  
» esta líquida sábana se ostenta,  
» parece un ojo inmenso sin pupila  
» del que la lumbre sideral se ahuyenta.  
» Así el amor se aleja de mi seno  
» que oscura mi alma está como este lago;  
» nada espero como él; agrio veneno  
» es aquel de vivir sin un halago.  
» ¿Adónde voy? ¿que espíritu levanta  
» mi cuerpo así? ¡Cuan bello desposorio!  
Y mientras esto dice, ya su planta  
huella el borde del alto promontorio.

Convulsivo temblor su faz altera,  
gira en torno los ojos, y á su frente  
junta las manos, cual si no quisiera  
que volara un recuerdo de su mente.

Un paso más y rodará al abismo,  
y el paso dá, resuelta y atrevida.....  
interrumpen las aguas su mutismo  
y va en pos de su origen otra vida.

## IV

Sube el cuerpo entre burbujas brillantes  
á flotar en las ondas agitadas,  
cuando vibran del sitio no distantes  
de una quena las notas proolngadas.

Una balsa se acerca, en ella viene  
á su cita el amante enamorado,  
mas de pronto la balsa se detiene.  
¿Qué ha podido pasar, con qué ha chocado?

¡Pobre Quima! Y no ciegas derepente  
ni se abre para tí la onda traidora!  
¡y tú brillas, ¡oh, lunar! indiferente,  
y no extingues tu luz reveladora!

¡Oh, momento fatal! — Sueña, delira,  
habla y no oye su voz. y ve — y no acierta  
á creer ni á dudar si lo que mira  
es el cadáver de la niña muerta.

Pero es ella... su hermosa prometida.  
Si no es ella, ¿quién es? — ese semblante  
no tiene igual: es ella la dormida;  
mas su sueño es sombrío, horrorizante.

Antes de que las ondas se la roben  
algo ha de hacer. ¿Qué hará? Con una mano  
sostiene el yerto brazo de la joven,  
con la otra el remo: el piso está cercano.

Cercano está; pero por más que rema  
las orillas no alcanza, y se figura  
que nunca llegará, que el brazo quemado  
y soltarlo y cogerlo es su tortura.

Y su espanto redobla su energia;  
rema febril, en otro se convierte;  
á su derecha la labor tardía  
de otro lado las rocas y la muerte;

á su espalda la isla que se aleja  
á su frente un oceano que lo atrae.  
¡Un golpe más! ¡el último!, y ya deja  
el remo inútil que en la arena cae.

Aún hay algo que hacer. El desaliento  
ni su afán ni sus fuerzas debilita:  
la rodilla en el agua, alza violento  
el cadáver que á salvo deposita.

Si es tan horrible al desdichado amante  
ver morir en el lecho á la que adora,  
pensad, cómo seria en ese instante  
del pescador la angustia matadora!

Tiende sobre la yerba á la doncella  
y á su lado confuso se arodilla.  
La luna en el zenit pálida y bella  
sobre ese grupo indiferente brilla

« Paloma del amor ¿porqué tus alas  
« tendiste á otra región? ¿porqué tu acento  
« no vibra ya, ni tus celestes galas  
« esplenden con la luz del firmamento?  
¿ Porqué no lucen como ayer lucían  
« los ojos que supieron cautivarme?  
« ¡qué siquiera tus labios me sonrían,  
« si no puedo en tus ojos contemplarme!  
« ¿Qué maldición sobre mi frente pesa?  
« tengo una flor y á la mañana muere;  
« ved, sus hojas el viento las apresa  
« y no veo la mano que la hiere.  
« ¿Oyes? Despierta. Al rayo de la aurora  
« pronto el jilguero cantará en el nido,  
« y en el redil la ov. ja baladora  
« despertará á su tierno preferido.  
« Pero no me responde. Ni tu pecho  
« como á tórtola arisca entre las manos  
« miro agitarse, en lágrimas deshecho,  
« ¡ay, no ves; son mis clamores vanos!

Ni más grito de horror ni amarga queja  
abandonó sus labios, parecía  
resignado á sufrir como el que deja  
el bello mundo por la celda fría.

Tal sacudida, inesperada y brusca,  
aniquiló su espíritu de modo  
que en él no puede hallar aunque la busca  
frase de maldición y es pena todo.

Mas el aire le falta, y suavemente,  
rendido al mal que su vigor redujo,  
inclinase á dormir, como el que siente  
de un brebaje narcótico el influjo

V.

Ya sonreía el sol, y la neblina  
cual tenue velo trasparente y vago  
flotaba sobre la onda cristalina  
del anchuroso y apacible lago.

Y Quima despertó. Mas, ¿que se ofrece  
á sus ojos?. ¿Qué turba lo rodea?  
¿Esa turba sera lo que parece,  
ó una visión que su cerebro crea?

Alli estaban en circulo formados,  
arrugada la frente pensadora,  
cien ancianos inmoviles y airados  
fija en él la pupila acusadora.

Y mujeres veía en cuya frente  
la huella del pesar se reflejaba,  
y ojos que interrogaban framente  
y labios que el horror paralizaba,

Mas ni sollosos ni discorde grito  
de aquella gente, sus oídos hiere;  
parecian estatuas de granito  
que en su silencio le decian: ¡muere!

Se alza temblando. Atónita la vista  
pasea en derredor, y no consigue  
ver si á la turba su ansiedad contrista  
ni signo ve que su ansiedad mitigue

Pasado su estupor, gira la planta  
é intenta huir, mas corta su carrera  
grupo que á detenerlo se adelanta  
en actitud amenazante y fiera.

Trémulo el labio, inquieta la pupila,  
alta la diestra, erguida la figura,  
los ve llegar, ni tiembla: ni vacila,  
y como el rayo su mirar fulgura.

Ya lo miden, lo tocan, lo encadenan  
hercúleos brazos. A su espalda ligan  
el cadáver, se apartan, y le ordenan  
que á la fosa lo cargue. ¡A que lo obligan!

Un paso da...bajo su planta gira  
rápido el suelo...á sus oídos zumba  
hórrido el viento.....á la distancia mira  
el cementerio...en él hay una tumba.....  
Es preciso llegar...y corre...y vuela.....  
salta peñascos y atraviesa ríos.....  
como un corcel que de implacable espuela  
siente en su ijar los agujones fríos.....  
Escala montes y recorre llanos,  
con cielo azul ó nebuloso cielo.....  
la cumbre toca de los andes canos.....  
y al valle sigue en desalado vuelo....  
Siempre adelante la pupila clava  
en ese punto que la tumba encierra.....  
y corre...y vuela...y de llegar no acaba.....  
y el cielo gira y la pesada tierra.....

Llega la noche y amanece el día  
y muere el día y la tiniebla impera.....  
sale la luna y su fulgor le guía  
al cementerio.....allí la tumba espera....

Tan árdua lucha su energía doma,  
ya es imposible que su angustia pase.  
Y ya no puede más, y se desploma  
como una estatua que perdió su base

Y todo fué ilusión de su sentido  
burla crúel de su destino fiero;  
de ese sitio fatal no se ha movido,  
y aquel paso que dió - fué el postrimero.

VICTOR G. MANTILLA.

## DON FRANCISCO DE QUEVEDO

A D. JOSE VALERO.

Yo le he visto en el proscenio,  
grave, satírico, ardiente,  
esceptico, audaz, valiente,  
con el cetro del ingenio.

Ante él temblaron de miedo  
Calderón, Lerma, Olivares;  
fué su *Mone, Tecel Phares*  
don Francisco de Quevedo.

Nadie le impuso la ley,  
pues, por su ingenio fecundo,  
le acataron en el mundo  
desde el patán hasta el Rey....

Era en amor un demonio  
que no conocio templanza;  
mas le hundió doña Esperanza  
en el mar del matrimonio....

En las letras, allí están,  
en frase culta y galana,  
loas á Villamediana,  
sátiras á Montalbán.

Satiras llenas de hiel;  
mas de recta y justa crítica;  
armas de buena política  
que fueron la gloria de él.

Honra de aquella afamada  
España de alteza suma;  
caballero de la pluma  
y paladin de la espada;

hoy, al verte revivir,  
noble, poderoso ingenio,  
llenas de luz el proscenio  
donde te haces aplaudir.....

Y tú, artista sin rival,  
cuya fama cantar puedo,  
tú, retrato de Quevedo  
que eres casi original;

tú, que evocas una á una,  
como en misteriosa cita,  
el alma de *Margarita*  
la sombra del gran *Osuna*;

el justo aplauso recibe  
que el público te dispensa,  
como justa recompensa  
del poeta que en tí vive.  
¡Vive, sí, facil remedo  
de aquel ingenio fecundo,  
á quien llama absorto el mundo  
don Francisco de Quevedo!

N. A. GONZÁLES



## CASAMIENTO Y MORTAJA DEL CIELO BAJA

Por Carlos Germán Amézaga

(Continuación.)

Da MAN— Sí, esos tales  
que llaman *provisionales*,  
de carrera no cumplida.  
Mocitos almibarados  
cuya espada de alfiler....

LUISA—Alto ahí; que saben ser  
también bizarros soldados;  
pues, si blandos y apacibles,  
a nuestro sexo cortejan,  
no por eso de ser dejan  
al amor patrio sensibles.  
Esos, bien lo sabes tú,  
mueren en número ingente,  
defendiendo bravamente  
su desdichado Perú.  
No en su finura completa  
les va el brio, ni les daña  
para arrostrar en campaña  
la afilada bayoneta.  
Ah! si! mil dandys que fueron  
dulces parleros de amor,  
del combate en el fragor  
en noble actitud cayeron!  
Tacna, Arica.....

Da MAN— Das mal giro  
à nuestra conversación.

LUISA—Lo que es razón es razón.  
—Ahora dime sin embozo  
cómo viene a ser el tal  
sujeto?..... aquel oficial  
que me buscan.....

Da MAN— Muy buen mozo.

LUISA—Adonde le viste?

Da MAN— Ayer  
pasó y.....

LUISA—A que horas?

Da MAN—Espera.....  
à las cuatro.

LUISA— Sí? (que él fuera,....)  
no; no puede suceder.)  
Dime; no usa pantalón  
a la francesa?

Da MAN— Así anchazo....

LUISA— El mismo!

Da MAN— y un bigotazo!....  
Hija sin ponderación  
te digo que el mozo es.. bello!....  
muy pronto lo tratarás  
y de este modo darás  
à tu corazón resuello.

LUISA—Quien ha dicho que se ahoga?

Da MAN—La niña que en su ventana  
está siempre, cosa es llana  
que aire busca ó no desfoga.  
Así, por falta ó exeso  
de respiración, es justo  
poner a medida el gusto.  
Ya es tiempo de que con seso  
procedas, que no es lo mismo  
ver un galán en la calle  
à quien por lucir el talle  
dé en la noche reumatismo,  
que tener tranquilamente  
al pié y en casa, à su novio....  
Esto lo encuentro muy obvio  
Dilo tú.

LUISA— Naturalmente.

Da MAN—Luisa reflexiona bien  
y no lo tomes à juego.  
El joven llegará luego:  
lista pues. (váse)

LUISA— Quién será ¿quién?

## ESCENA 4a.

ROBERTO, extravagantemente vestido.

Luisa, que lo mirará con sorpresa.

ROBERTO.—Señorita; el hombre que ama  
tiene mucho atrevimiento  
y resistir no he podido

al sofocante deseo  
de verla.

LUISA.— Entrar de rondón!  
Qué no dirán Don Roberto  
si lo ven?

ROBERTO.— Eso no importa:  
que estando yo loco, ciego,  
no reparo en los peligros:  
à nada ni à nadie temo;  
pues si un león se presentara  
lo estrangulara al momento.

LUISA.—De ningún modo eso explica  
su conducta, caballero.  
Mistíos pueden venir... (mirando al fondo.)

ROBERTO.—Sus escrúpulos comprendo;  
porque si Ud. Luisa amara  
no se pararía en eso.  
Yo! que los días y noches  
solamente en Ud. pienso;  
Yo! que le he compuesto ya  
cuarenta y nueve sonetos  
que palpitante de amor  
repito à cada momento,  
à sus ojos, à su boca,  
à sus piés, à sus cabellos,  
à su nariz; à su cutis,  
à su perfumado aliento;  
y en fin, à todas las partes  
de su lindísimo cuerpo,  
que ha fabricado el amor  
para tormento del sexo  
à quien llaman *masculino*  
(por burla, según entiendo) (con un movimiento expresivo.

Yo! que prendido en la calle  
estoy como un estafermo;  
sufriendo los pisotones  
de los transeuntes necios,  
que no comprenden de fijo,  
el místico arrobamiento  
de mis ojos que se clavan  
con perennal santo fuego,  
en ese precioso altar (señalando la ventana)  
que orna el templo de mi Venus....

LUISA—Ah señor poeta, basta:  
que resistir ya no puedo  
de alabanzas tal diluvio  
(ó más bien chubasco recio.  
Cuánto ganan ciertos hombres  
al mirárseles de lejos!  
Este que ayer me gustaba  
me ha empachado hoy en extremo  
apenas abrió la boca  
para decirme: *te quiero*.)

ROBERTO.—Entre dientes habla Ud.,  
acaso yo no merezco  
otro lenguaje?

LUISA— Medito  
sus palabras D. Roberto  
con el consiguiente juicio:  
y si callo....

ROBERTO.— Sigo trémulo  
de esos purpurinos labios  
los musicales concetos

LUISA.—(Divertámonos un poco  
con este gran majadero.)  
No sé como pueda dar (con beatitud)  
à sus palabras yo, crédito,  
siendo una verdad notoria  
la de que no hay hombre bueno.

ROBERTO.—Calumnia atroz, señorita,  
que nos levantan. Mi pecho.....

LUISA—Los poetas sobre todo  
son tan variables!

ROBERTO.— Dar puedo  
fé de mi constancia pura.

LUISA.—Y cómo?

ROBERTO.— (Estoy en aprietos.)  
Firmándole à Ud. ahora  
un válido documento  
por el cual me obligue yo  
à quererla un siglo entero.

LUISA—Lindísimo compromiso  
para redactarlo en verso!  
El archivo de las musas  
está D. Roberto, lleno  
de obligaciones así;  
cumplidas, cual se cumplieron  
las esperanzas de un loco  
que hay por mi barrio.

ROBERTO.— Un deseo  
muy alto acaso?

LUISA.— Muy alto,  
pues consiste nada menos  
en que le paguen al pobre  
que es *indefinido*, un sueldo.

ROBERTO.— (Ni en política ni amor  
se mama esta chica el dedo.)  
Vista la completa burla  
que hace Ud. de un documento  
suscrito por mí con sangre  
en vez de tinta.....

LUISA.— No acepto  
sino las cosas legales.  
—Un contrato por ejemplo  
del que diera fé Orellana  
ú otro escribano de crédito.

ROBERTO.— Habla Ud. de veras Luisa?

LUISA.— Tan de veras, que le cedo  
permiso para que trate  
con mi tío.

ROBERTO.— Sí?... buen medio  
de matar mis esperanzas!  
Yo ver al prosaico viejo  
que habla tan mal de las musas  
y sus hijos predilectos?  
Nó por quien soy!

LUISA.— Pues entonces.....

ROBERTO.— Tomaré un vaso de arsénico.

LUISA.— (Eso quisiera ver yo.)

ROBERTO.— Me destaparé los sesos.

LUISA.— Jesucristo!

ROBERTO.— O en los rieles  
del tren, echaré mi cuerpo:  
Ah! sí; para que mañana  
los gallinazos poéticos  
haciendo presa de mí,  
yengan al vecino techo  
á decirle: *ingrata Luisa:  
aquí entre el buche tenemos  
al desventurado amante  
que malogró tu desprecio!*

LUISA.— Oh! qué espeluznante cuadro;  
señor poeta!

ROBERTO.— Soberbio,  
no es verdad? (Se ha conmovido  
cuando digo yo que tengo  
en esto de enganar niñas  
mayor apasionamiento  
y seducción que un Tenorio!)  
Y ni por eso merezco  
su blandura señorita?

LUISA.— A la verdad. Yo algo siento (consorna manifiesta)  
en su lenguaje florido  
que me seduce en extremo.

ROBERTO.— (Me ama! ¡oh! dicha!) Señorita  
una prueba es lo que quiero  
de tal sensibilidad.

LUISA.— Esta flor.....

ROBERTO.— Cómo? ¡El plebeyo;  
el chocante floripondio  
puede ser signo....?

LUISA.— Yo encuentro  
esta flor muy adecuada  
tratándose de un afecto  
tan extraño como el suyo,  
en que hay, si mal no recuerdo,  
documentos que se escriben  
con sangre, además de arsénico,  
pistolas, rieles de tren  
y gallinazos poéticos.

ROBERTO.— Porque viene de sus manos,  
es que le guardo.

LUISA.— ¡Ay! San Pedro  
me valga! Vienen mis tíos!.....

ROBERTO.— Me largo (vá á salir y retrocede) pero no puedo  
estoy sin escape.....

LUISA.— Salga!

ROBERTO.— Aquí debajo me meto.  
[Escóndese bajo de la mesa.]

LUISA.— Sola yo tengo la culpa  
en oír á este muñeco.  
Maldita afición la mía!

ROBERTO.— (asomándose). Luisita, por Dios le ruego  
no me descubra!

LUISA.— No; cállese!

ROBERTO.— Un pericote parezco  
que á la venida del gato  
tiene que soltar el queso.

### ESCENA 5a.

D. ANTONIO. Da. MANUELA — Dichos.  
D. ANTONIO.— Ya te habré dicho tu tía  
lo que pienso hacer.... No es broma

y tienes que resolverte  
á aquello que yo disponga.

LUISA.— Sí.....

Da. MAN.— (ap. á D. Antonio.) (No te digo yo que está  
como una mansa paloma?)

D. ANTONIO.— (á Da Manuela). Ud. chito!

LUISA.— Ciertamente que  
lo de casarse no es cosa  
que así no más.....

D. ANTONIO.— Te sorprende?  
te disgusta? te incomoda?  
Muy, muy quemado me tienes  
con tu proceder de loca.

LUISA.— Loca? Pues soy muy cuerda.

D. ANTONIO.— *Cuerda* de guitarra floja,  
que á todo el mundo le suena  
en la oreja.

ROBERTO (asomándose). — A buena hora  
cortaste la serenata  
que nos dábamos, gran posma.

D. ANTONIO.— Resuelta cuestión. Te casas.

Da. MAN.— Te casas.

D. ANTONIO.— A toda costa;  
pues vas llevando las trazas  
de quedarte solterona.  
Solterona, si señor,  
que es como quien dice *mooha*;  
porque las mujeres son  
piezas de sistema *Rodman*  
que si no es con su cureña  
no hacen un disparo en forma.  
¡No es triste y en gran manera  
que mujer tan buena moza,  
pierda su tiempo escuchando  
discursos de papamoscas,  
sin atender de su dicha  
á la situación más sólida?  
Dí, ¿qué sacas con poner  
á los mozos que te rondan  
cara de pasoua; si al fin  
no habrá sábado de gloria?  
El día menos pensado  
cierro el ojo y Santa Eustoquia!  
Pobre de tí ¡ay! infeliz,  
caso de quedarte sola;  
—pues de tu tía no se hable  
que es un pelmazo, una posma  
incapaz de irta á la mano  
asi quieras ser rabona.

Da. MAN.— Sí, como que no has oído  
las razones tan juiciosas  
que le hacía.....

D. ANTONIO.— Tú? ¡oh! sarcasmo!  
Y quién es la encubridora  
de sus simplezas?

Da. MAN.— Antuco!

D. ANTONIO.— Ponme así cara de monja,  
cuando siempre en disculparla  
das aunque razón me sobra  
diciéndome: *pobrecita*;  
*está muy joven y hermosa*;  
déjala que se divierta  
que le llegará la hora  
de calma. Gran disparate  
pues su condición es cosa  
que vá en aumento y será  
cuanto más vieja; más loca.

Da. MAN.— El remedio tiene ya  
esta nifia coquetona;  
cáustico de esposo al pecho  
que saque la acción calórica.

LUISA.— (Ha visto Ud.?)

ROBERTO, Aquí hay uno  
que pica duro.

D. ANTONIO.— Manonga;  
para sanar ella quiere  
treinta cáusticos.

LUISA.— Es obra  
de quitar ya el juicio á un santo.  
¿Dónde se ha visto una boca  
más atrevida? ¿Le he dicho  
falta de vergüenza y honra  
que quiero treinta maridos?

D. ANTONIO.— Pregúntaselo á esa tropa  
de mozelos que por tí  
la calle nunca abandonan.

### ESCENA 6a.

MIGUEL, D. ANTONIO, Da. MANUELA,  
Luisa, Roberto.  
MIGUEL.— Se puede?  
D. ANTONIO.— ¡hola! Miguelito;  
al fin llegaste,

HISTORIA

LA SUCESIÓN DE LOS INCAS

(PREMIADA CON MEDALLA DE ORO POR EL ATANEO DE LIMA)

MONOGRAFÍA HISTÓRICA

Difieren unos de otros los historiadores de Indias más importantes que, incidentalmente ó exprofeso, se han ocupado en la sucesión de los monarcas del reino de *Tahuantinsuyu* desde Manco hasta Huayna Capac. para conocer y apreciar debidamente esas diferencias hemos emprendido el presente trabajo comparativo, cuyo carácter analítico permitirá, tanto dar á cada autor la fe que merezca, como deducir la verdadera sucesión inqueña.

Para más claridad, hemos seguido en la exposición el orden cronológico, comenzando por el cronista Cieza de León; pero el lugar asignado á cada escritor no es por cierto una escala, por la cual se pueda medir la importancia de cada uno de ellos: el valor que á su testimonio damos, está en un todo basado en la más estricta crítica histórica.

Como la palabra sucesión abraza no sólo la descendencia directa, sino también la prole, hemos comprendido en este estudio las *Collas* y *Ayllos* incásicos.

1

Sucesión inqueña, según Cieza de León.—1550

INCAS	COLLAS	AYLLOS
Manco Capac.....	Mama Oollo.....	} No los menciona
Cinche (Sinchi) Roca.....	Mama Oollo.....	
Lloque Yupanqui.....	Mama cahua Pata.....	
Mayta Capac.....	Micai Coca.....	
Capac Yupanqui.....	Mama Chiquia (Chic-ya).....	
Inca Roca.....	Rondo Caya (Runtu Colla).....	
Inca Yupanqui.....	Mama Oollo.....	
Huiracocha Inca.....	Chimbo (Chimpu) Oollo.....	
Inca Urco.....		
Inca Yupanqui.....		
Tupac Inca Yupanqui.....		(1)
Huayna Capac.....		

2

Sucesión inqueña, según Juan de Betanzos.—1551.

INCAS	COLLAS	AYLLOS	
Mango (Manco) Capac.....	Maam Oollo.....	} No los menciona	
Chinche (Sinchi) Roca.....	Mama Coca.....		
Lloque Yupanque (Yupanqui).....			
Capac Yupanque (Yupanqui).....			
Mayta Capac.....			
Inga Roca Inga (Inca Roca Inca).....			
Yaguar Guacac Inga Yupanqui [Yahuar Huacac Inca Yupanqui].....			
Viracocha Inga (Huiracocha Inca).....			
Inga Yupanque Pachacuti Inca (Inca Yupanqui Pachacutec Inca).....			
Yamque (a) Yupanque (Inca Yupanqui).....			
Topa Inga Yupanque (Tupac Inca Yupanqui).....			
Guayna Capac (Huaina Capac).....			(2)

(1) Segunda parte de la Crónica del Perú; del Señorío de los Incas publicadas por Jiménez de la Espada.—Madrid, 1880. (Biblioteca Hispano-Ultramarina, tomo V.)

(a) Yamque ó Yamqui es el nombre que equivale á título de alta y rancia nobleza; pero aquí creo que lo puso el copiante por equivocación en lugar de *Inca*,—nota de Jiménez de la Espada.

(2) Suma y narración de los Incas, llamados, Capac—cuna. Publicada por Jiménez de la Espada.—Madrid 1880. Biblioteca-Ultramarina, tomo citado.

Como lo comprueba este cuadro, son completamente inexactas las siguientes palabras del historiador Lorente: —«según la razón que ha tenido la bondad de entregarnos González La-Rosa, de Betanzos, además de los Incas incluidos en la (obra) de Garcilaso, admite otros dos Yupanqui, intercalados, el primero entre el sétimo y octavo incas, y el segundo, entre el octavo y noveno, teniendo todos los Yupanqui la apariencia de duplicado.»—(Historia de la Civilización Peruana; en «La Revista Peruana,» tomo II, página 402)

## 3

## Sucesión inqueña, según Diego Fernández, el Palentino.—1571.

INCAS	COLLAS	AYLLOS
Manco Capacac.....	Mama Guaco (Huaco).....	Chima Panaco
Siche (Sinhe) Roca.....	Mama Cura.....	Piauragua (Raurahua)
Llocuco Pangué (Yoque Yupanqui).....	Mama Anavarque (Anahuarque).....	Uscaymata (Uscamayta)
Mayta Capa (Capac).....	Mama Yachi.....	Apomayta
Capac Yupange Inga (Yupanqui Inca).....	Mama Cagua (Cahua).....	Aguanin (Hahuanina)
Inga Roca Inga (Inca Roca Inca).....	Mama Micay.....	Vica Cupa (Huicga Quirau)
Yaguarguac Inga Yupangué (Yahuar Huacac Inca Yupanqui).....	Mama Chiquia (Chic-ya).....	Aoca (Auca)
Virococha (Huiracocha).....	Mama Yunto Cayan (Runtu Colla).....	Cococ Panac (Panaca)
Pachacoti Inga (Pachacutec Inca).....	Mama Anabarque (Anahuarque).....	Hatren
Topa Inga Yupange (Tupac Inca Yupanqui)	Mama Oollo.....	Capac
Guayna (Huayna) Capac.....	Rava [Ragua) Oollo.....	Tome Bamba (Tumipampa)

(1)

Lorente no pone, por equivocación, el Inca Yahuar Huacac, en el cuadro de Fernández, pues este autor habla del dicho Inca en el párrafo de Inca Roca. (Historia de la Civilización Peruana, en «La Revista Peruana,» tomo II, página 401.)

## 4

## Sucesión inqueña, según las informaciones del Virey don Francisco de Toledo—1570—1572.

INCAS	COLLAS	AYLLOS
Mango (Manco) Capac.....	No las menciona	Leraurao (de Raurahua) Panaca
Cinchi Roca.....		
Lloque (Yoque) Yupanguí (Yupanqui).....		
Mayta Capac.....		
Capac Yupanguí (Yupanqui).....		
Inga (Inca) Roca.....		
Yaguar Guacac (Yahuar Huacac).....		
Uiracocha Inga (Huiracocha Inca).....		
Pachacuti Inga Yupanguí (Pachacutec Inca Yupanqui).....		
Topa Inga Yupanguí (Tupac Inca Yupanqui).....		
Guayna (Huayna) Capac.....		

(2)

Este cuadro es de gran importancia; está basado en el testimonio de los descendientes de los Incas, acorde con la Historia General de los Incas de Pedro Sarmiento, hecha por las «Memorias, informaciones y relaciones» de los dichos testigos y otros muchos indios principales; y por último con las declaraciones, «bajo juramento,» de personas tan competentes, en esta materia, como el licenciado Polo de Ondegardo, Alonso Mesa, Mancio Sierra, Juan de Pancorbo y Pedro Alonso Carrasco. (Páginas 251 á 58 de la obra citada en la nota anterior.)

(1) Primera y segunda parte de Historia del Perú.—Odriozola, documentos literarios, tomo 8.º y 9.º

(2) Informaciones acerca del Señorío y Gobierno de los Incas, hechas por mandado de D. Francisco de Toledo, Virey del Perú.—1570—1572. Publicadas por M. Jiménez de la Espada, en el tomo décimo sexto de la «Colección de libros españoles raros ó curiosos.—Colección de documentos inéditos de América y Oceanía, publicados por Torres de Mendoza—tomo XXI.

## CRÍTICA

## Antonio Cánovas del Castillo

JUZGADO COMO PROLOGUISTA POR LEOPOLDO ALAS. (Clarín)

(Conclusión.)

Después viene un «que pretendía dedicarme,» que si se tratara de otro yo, podría dejar clara la cuestión, pues nadie se dedica libros a sí mismo; pero tratándose de Cánovas, todo es posible.

«Dejándome llevar en aquella sazón de mis bien conocidas aficiones»...

¡Las aficiones de Cánovas! ¿Quién habla de otra cosa? Por supuesto, aquella sazón no era sazón ni Dios que lo fundó, era el punto y hora de marras. ¿Qué diría Cánovas si las palabras de los sinópticos, *In illo tempore... dixit Jesus discipulis suis*, se tradujeran, v, gr.: «En aquella sazón, dijo Jesús á sus discípulos?» Pues es igual. Hay sazón cuando la hay, pero no fuera de sazón.

«Pronunció allí ocho discursos sobre los grandes oradores griegos y las extraordinarias circunstancias políticas y militares (¡circunstancias militares, bendito Dios!) que inspiraron sus arengas, bastantes para dar buen concepto á cualquier hombre de letras...»

¡Ya lo creo! para sí quisiera usted las arengas de los grandes oradores griegos. Qué, ¿no es eso? ¿No se refiere á las arengas griegas, sino á los discursos de Roda? Pues hijo, decirlo. Aquí no hay estrambote que explique la anfibología, ni mal siquiera.

A estas alturas, el Sr. Cánovas ya ha tomado vuelo y habla de sí propio como un libro, y se mezcla con todo lo creado, especialmente la política actual, el Parlamento, la oratoria parlamentaria..... Del Sr. Roda ya no habla más que á veces, por alusión lejana, y tomándole por *mingo*, aunque sea mala comparación.

Por lo demás, sea por ignorancia ó por mala voluntad, Cánovas, con ocasión de los oradores griegos, no habla palabra de estos señores; en cuanto á citas, Cormenin y M. Perignan. ¿Y doctrina? aquello de que la escultura es el arte de Grecia y que la elocuencia era allí escultural... y nada más; después, vuelta á los Cuerpos Colegisladores y á lo mal que anda la patria (*á la sazón*, Cánovas no era ministro). No hay cosa más pobre, más triste, más vulgar, que los tres ó cuatro párrafos que en un prólogo tan largo dedica el prologuista á hablar de la elocuencia griega. ¡Y él es orador y se las echa de filólogo y declásico!

Antes de concluir con este asunto, copio esto: «...Ni los signos ortográficos, ni la puntuación más esmerada bastan para distribuir bien las frases (en los párrafos muy largos).—¿Con qué... ni los signos ortográficos ni la puntuación? Y la puntuación, ¿qué es si no es signo ortográfico? Coja usted la gramática, ábrala por el índice, no pasemos del índice. Pág. 418 (última edición) dice: Parte cuarta: Ortografía.— Cap. IV. De los signos de puntuación, y no habla de más signos que estos: Signos de puntuación; ya lo oye usted, y en la Ortografía...»

Por lo demás, es claro que la puntuación no sirve para distribuir bien las frases en los períodos largos ó cortos; éste trabajo ha de tomárselo el escritor, las frases son incumbencia del que escribe; los pobres signos sólo sirven para señalar, es claro, ello mismo lo dice; y bastante hacen. Ahora me explico yo cómo Cánovas es tan laberíntico en sus parrafadas. Justo; les deja á los signos ortográficos, y en su defecto á la puntuación, que distribuyan las frases (como él dice), y así sale ello.

Pero salgamos de este prólogo, que no merece tanta conversación.

Del prólogo á las obras de Moreno Nieto ya se ha dicho en otro lugar bastante, considerando el tal documento como discurso, que fué primero, para ser prólogo después. En efecto, los partos del ingenio monstruoso lo mismo sirven para un barrido que para un fregado.

Por supuesto, que aquí empieza Cánovas, como siempre, hablando de sí propio, y ésta es mi tesis principal. Comienza reclamando para sí la pena mayor por la muerte de Moreno Nieto, y después de pocos renglones viene á decirnos que él piensa sobrevivir á todos sus contemporáneos; sobrevivir aquí en la tierra, entiéndase, vivo de veras, no ya en la fama, que de eso no hay que hablar siquiera.

Habla del hueco que van dejando los coetáneos difuntos, y dice: «Hueco que anuncia la soledad pavorosa en que hemos de llegar los más felices (por si acaso, solo y todo se tiene por feliz, ¡ya lo creo!) al fatal término de la jornada.» Por donde se ve que Cánovas, como San Juan, el discípulo amado, cree tener alguna promesa de llegar á muy viejo. Y es claro que lo más del tiempo pensará gastarlo en ser presidente del Consejo de ministros. ¡Bonito porvenir!

Ahora oigan ustedes esto:

«Ayer, señores, ó casi ayer (bueno, anteayer), desapareció Selgas, y algo antes desapareció Ayala también. Pertenecían todos tres á la generación que empieza á *dispensarse* (será errata, querrá decir dispersarse; pero tampoco así está bien, ni medio bien. Morirse no es dispersarse. Y dispensarse, por si no es errata, mucho menos).

«Los tres eran purísimas glorias de ella, y lejos de estorbarse en la vida (por qué habían de estorbarse, santo varón? ¿Cree usted que todos son como usted, que hasta les tiene envidia á los apóstoles por las muchas lenguas que sabían, siendo así que usted no sabe casi ninguna?), lejos de estorbarse en la vida *se sumaban*, más bien, y completaban; valían tanto los tres en suma (claro, en suma, si se sumaban...), que quizá á un tiempo (ahora va lo gordo), que quizá á un tiempo mayores no los ha producido ninguna generación en nuestra patria.

El que prueba demasiado no prueba nada; y acaso Cánovas prueba demasiado á propósito. Mucho, muchísimo valió Moreno Nieto; también valió mucho Ayala... pero en el siglo de oro, y en otros varios, han vivido á un tiempo, como usted dice, algunos varones de fama universal y españoles que, sin ofender á nadie, se puede asegurar que tienen y merecen aún más gloria que Moreno Nieto y Ayala. Y lo mismo digo de nuestro tiempo y del próximo pasado.

En cuanto á Selgas..., en fin, ha muerto, y no tiene él la culpa de que Cánovas le ponga en ridículo sacándole del modesto lugar que ocupa en la historia de nuestras letras.

Cánovas abandona á Selgas, en mal hora traído á colación, y sigue apreciando á Moreno Nieto y Ayala, que eran muy amigos, en efecto, pero que en nada se parecían más que en ser extremeños... y en continuar siéndolo, como dice Cánovas.

Mas no sólo por motivos geográficos y razones extremeñas hace semejante paralelo el prologuista. El va á lo que va. No se me diga, Cánovas en esto de rebajar á los que cree rivales es sistemático. Moreno Nieto era orador, orador insigne, de los primeros de España. Revilla era también insigne orador, de los primeros en los debates académicos...; pues ya verán ustedes cómo rebaja esta gloria Cánovas en Revilla, y vean cómo la rebaja ahora mismo en Moreno. ¡Lo que él sabe!

Lo que cuesta trabajo aquí es seguir hablando en tono de broma y sin indignarse.

«Lo propio Moreno Nieto que Ayala eran grandes oradores.»

¿Ayala grande orador? Ayala era buen poeta; escribió una comedia, *Consuelo*, que es acaso la mejor entre las modernas españolas; escribió otras muy dignas de elogio, como *El tanto por ciento*, y dejó además excelentes poe-

sías líricas, algunas dignas de ser modelo por la hermosura y transparencia de la forma; pero Ayala no fué orador ni tuvo pretensiones de tal. Hablaba bien las pocas veces que hablaba, y en alguna ocasión, en pocas palabras, dijo cosas muy tiernas, que, amén de serlo, tenían que impresionar vivamente á multitud de monárquicos bien alimentados. Pero Ayala no era un orador en el sentido en que lo son Galiano, Castelar, Martos... varios otros, y el mismo Moreno Nieto. Como sería rebajar á Ayala decir que Moreno Nieto hacía tan buenos versos como él.

Semejantes paralelos, ó mejor, paralelas, le sirven á Cánovas para hacer planchas y levantarse dos cuartas sobre el suelo á fuerza de puños y mala intención.

Luego sigue hablando de Moreno Nieto desde el punto de vista, ó bajo el punto de vista, que él escribe, de sus relaciones con el *umbilicum terrae*, con el centro de la tierra, y aún del universo, ó sea D. Antonio. No sigue la biografía de Moreno Nieto por el orden que señala la vida de éste, sino por el que señala la vida del Sr. Cánovas. Por lo cual tiene ocasión de decirnos que un Sr. Alix, muy amigo de Cánovas, hizo oposición á la cátedra de Toledo, y que D. Antonio de buena gana se la hubiera dado. Sí, sí, ya le conocemos á usted las mañas. Si usted hubiera podido entonces lo que pudo después, le hubiera quitado la cátedra al primer lugar, Moreno Nieto, para dársela á su amigo. Conocemos el sistema. Más adelante viene á decir que Moreno Nieto no tenía bastante paciencia para seguir estudiando de veras árabe, y que se consagró á la filología *bajo su aspecto* filosófico-histórico y bajo su aspecto puramente histórico. Estos dos *bajos* sólo sirven para que se estrelle en ellos la Gramática de la Academia. Y si no, consúltelo usted. Con esto de la Gramática y de los Académicos debe de pasar algo parecido á lo que sucede con el Derecho sagrado de la India y sus brahmanes. La Academia vela por la pureza del idioma...; pero cuando se trata de los académicos levanta el brazo, porque tolera todos sus solecismos y barbarismos y sigue llamándolos ilustres y tomándoles el voto para decidir la suerte del idioma. A un criterio semejante obedece el llamado Código de Manú, cuando añade á la prohibición de la ley de Narada respecto al falso juramento: «Cuando se trata... de salvar á un brahmán, no es pecado mortal jurar en falso.» Cánovas falta á todas horas y en todas partes á las reglas de la Academia, y sigue siendo el amo de la casa y de la docta corporación.

Pero vamos á otro prólogo, que es tarde y hay prisa.

Con Revilla se ha portado Cánovas peor todavía que con Moreno Nieto. A lo menos á éste le conocía, le había oído hablar á veces; y aparte de la mala intención del biógrafo y su carencia de facultades para juzgar el corazón y la cabeza de D. José, algo podía decir de provecho, algo que tuviese parte de verdad.

Pero á Revilla ni le había oído, ni le había visto, ni jamás había pensado en él, como el mismo Cánovas viene á confesar en buenas palabras. Si distancia inmensa hay entre un Moreno Nieto y un Cánovas, no la hay menos entre éste y un Revilla. Cánovas y Moreno Nieto no se podían entender, Cánovas y Revilla tampoco.

Así es que si D. Antonio hubiera querido hacer un favor á la memoria del crítico y á la vida de Revilla, se hubiese limitado á decir que no conocía al difunto lo suficiente para juzgarle. Pero el prólogo, si hace caso de él la posteridad, enseñará á los venideros un Revilla completamente falsificado. Afortunadamente, en la biografía escrita por el profundo y sagaz filósofo D. Urbano González Serrano, en otros documentos por el estilo, y sobre todo en las mismas obras del crítico, queda la imagen de éste fiel al original, aunque nada más que hasta donde frías letras de molde pueden conservar el espíritu de un hombre eminente, cuando este hombre, á más de escritor, fué orador como pocos, orador sobre todo, y, por desgracia, orador cuyos títulos mejores de gloria se han perdido, pues sus discursos no se conservan.

Pues bien; el Sr. Cánovas, que es de quien aquí se tra-

ta, no hizo lo que debía, sino que se metió á escribir un prólogo largo, echándolo todo á barato. Las dos afirmaciones más absurdas del tal prólogo son éstas: que Revilla, como orador, no llegó á la madurez, ni valió tanto en este concepto como en el de crítico; segunda afirmación disparatada, que donde mejor podemos conocer á Revilla es en sus poesías *Dudas y tristezas*, que es, según D. Antonio, «lo que nos hace penetrar más adentro en su espíritu.» «Yo pienso (copio) que no hay más puro y dulce amor que el que allí muestra *hacia su joven* y amante mujer.» Aparte de que eso está muy mal escrito, es una... una necedad, ¿por qué no decirlo? ¡Recomendar á un crítico notable, á un orador insigne, por el amor que tuvo á su mujer! Eso no es un mérito literario, Sr. Cánovas; ni Revilla es de los autores que necesitan ser alabados por sus buenas condiciones de jefe de familia.

Buena cosa es que el Sr. Cánovas cuando tiene que elogiar á otros, siempre cambia las cosas, y á un gran poeta como Ayala, le alaba por orador, y á un gran orador como Revilla, le alaba por poeta.

¿No podría la malicia ver en este prurito algo peor que la natural tendencia de D. Antonio á decir las cosas al revés?

Empieza el Sr. Cánovas pintando á Revilla como un ambicioso de melodrama, consumido por la fiebre de las grandezas, siquiera fuesen espirituales. Era Revilla hombre tranquilo, y no tenía tal fiebre, ni la ambición absurda y ridícula de querer saberlo todo. Estaba muy por encima su espíritu de esos lirismos filosóficos en que un hombre hace como que revienta de aburrido si no le dan la solución de los *grandes problemas*, etc., etc. Justamente porque alguna de las poesías contenidas en *Dudas y tristezas* participan de ese lirismo convencional, no son fiel espejo del alma del autor, el cual, si se consagraba con gran ardor al estudio y con seriedad á la meditación filosófica, no lo hacía con ese amaneramiento romántico que Cánovas quiere atribuirle.

Como no podía menos, á las pocas páginas del prólogo, Cánovas se mete en escena, y nada menos que para representar el papel de dios *Pan*.

«No nos tropezamos, dice, en la vida él y yo sino una vez sola (ya verá el lector que no hubo tal tropiezo ni tropezón), que fué allá en los comienzos del reinado de D. Alfonso XII, cuando un tribunal de oposiciones le dió el primer lugar en la terna (á Revilla, no á D. Alfonso XII), formada para proveer la cátedra de Literatura de la Universidad de Madrid. Pudiera aquel Gobierno, presidido por mi, en *uso de su derecho*, á la sazón indisputable, *vacilar* (¿el derecho de vacilar? ¿qué derecho es ese? por lo visto llama Cánovas vacilar á quitarle á un primer lugar su cátedra. Dígalo yo, uno de los *vacilados* por el conde de Toreno); mas no vaciló un punto, y en circunstancias todavía bien críticas (¿críticas también para la literatura dinástica? ¡qué valor de hombre! ¡darle una cátedra á Revilla, y de literatura, en circunstancias todavía críticas! no le hay como él, como Cánovas), aconsejé yo mismo su nombramiento.»

Lo gracioso es que, si no recuerdo mal, en las tales oposiciones no quedó más opositor que Revilla; es decir, que no fué el primer lugar solo, sino el primero y el único. ¡Oh magnanimidad de Cánovas! ¡Darle la cátedra al único propuesto! Y aunque fuera el primero y hubiera más, ¡vaya un favor para recordado, y vaya una delicadeza al recordarlo en tal ocasión, aunque fuera un favor!

Por lo demás, el Sr. Cánovas añade que le dió la cátedra porque, aunque era Revilla republicano fogoso (¿qué había de ser fogoso), *nada tienen entre sí que ver la literatura ó la ciencia por oficio y para todos profesada*, y la preferencia individual respecto á forma de gobierno. ¡Hola! ¡hola! Bonita confesión; y entonces, siendo así, ¿por qué se postergó á tantos primeros lugares y se persiguió á tantos catedráticos que no hacían más que profesar *para todos* la ciencia? ¿Es que una cátedra de farmacia tiene más relaciones que la literatura con la forma de gobier-

no? Pero, en fin, todo esto ya es viejo y no importa á mi asunto. Allá se las hayan Cánovas con su conciencia y Toreno con su abdomen.

Como si la tarea que se le había encomendado fuera disculpar á Revilla ante los fanáticos católicos, procura D. Antonio encontrar un resquicio por donde salvar al famoso crítico librepensador y francamente positivista, de la nota de descreído. ¿Con qué derecho se atreve el Sr. Cánovas á emprender estos juegos de funambulismo en materia tan delicada?

Era Revilla, y fué siempre, librepensador, y claramente partidario de la ciencia positiva, sin admitir en ella elementos metafísicos; y sea lo que quiera de este modo de pensar, como lo había adquirido por espontánea reflexión con pura conciencia, no hay para qué ocultarlo como si fuese pecado. ¿Cree el Sr. Cánovas que Revilla necesita estos *ripios*, estos fingimientos y sensiblerías adocenadas de que se compone el crédito filosófico de D. Antonio?

Siento mucho que la necesidad de llegar ya al fin de este folleto no me consienta examinar más despacio este prólogo, donde Cánovas pretende en vano penetrar en un espíritu tan diferente del suyo.

Sólo con ver lo que dice para negar que Revilla fuese ya un maestro en la oratoria, tendríamos para rato y para reír á mandíbula batiente. ¡Ah, Sr. Cánovas! Era mucho mejor orador que usted; académico, es claro: ¿qué otra cosa había de ser? Lo único que le faltó para orador político fué... ser diputado. ¡Y qué cosas le hubiera dicho á usted en las Cortes si se hubieran tropezado, como usted dice, allí también! Figuremonos que un día, irritado usted por algún epigrama de Revilla, le echaba en cara el favorcillo ese de que habla en el prólogo, el de no vacilar en darle la cátedra. ¡Virgen Santísima, las cosas que hubiera usted oído!

Todavía faltan varios prólogos (tres por lo menos) y otras muchas materias; no le conviene al editor que este folleto sea de doble volumen del que tendrá dejándolo aquí, y por consiguiente, necesitando yo bastantes páginas para concluir, me veo en el triste deber de dejar cortada la tela y en suspenso este análisis psicológico literario del Sr. Cánovas y de su tiempo.

Por cierto que de *su tiempo* apenas he dicho nada. En rigor, lo único que habría que decir es que *su tiempo* no es tan bobo como Cánovas se figura, y que no las traga como ruedas de molino. Pero ya que he de emplear otro folleto en este ingrato asunto, allí compararé al monstruo con sus súbditos; quiero decir, con todos nosotros y hasta con los extranjeros. Perdonen ustedes si por los motivos indicados, *Cánovas y su tiempo* se ha partido en dos. Acaso no será la segunda parte de este folleto la materia del próximo, porque tanto Cánovas seguido aburre, y hay asuntos de actualidad que nos están llamando, v. gr., *Los Pazos de Ulloa*, muy hermosa novela de Emilia Pardo Bazán, y la famosa cuestión de Miguel Escalada y los Académicos, que tiene más importancia de la que pueden darle, para la malicia, las tristes personalidades.

De todas suertes, prometo á mis lectores que sea inmediatamente ó no, la segunda parte de *Cánovas y su tiempo*, se publicará ¡Ya lo creo que se publicará!

---

## REVISTA DE LA QUINCENA.

---

La instalación del Congreso extraordinario se verificó el primero, con el ceremonial acostumbrado. S. E. dió lectura á su discurso inaugural, que fué escuchado con frialdad por los representantes y la barra. Al contestarle el Presidente del Congreso, los aplausos no se dejaron es-

perar; y este hecho, al parecer insignificante, tradujo la opinión: S. E. volvía á presentar un contrato tan impolítico como inconstitucional, y el Presidente del Congreso dejó conocer las fundadas razones de su rechazo y habló de la armonía necesaria entre los dos poderes, rota en la actualidad por un Gabinete tan presuntuoso como falto de tino.

Apena ver al Jefe de la Nación envuelto en la calamidad pública que se va á debatir, ilusionado por consejeros imprudentes.

\* \* \*

Ha comenzado á publicarse los dictámenes que van á recaer en el contrato: el de la mayoría de la comisión de Hacienda es un pobrisimo documento, ampuloso y repleto de generalidades—¡«la excelencia de los ferrocarriles! ¡los beneficios de la inmigración!» palabrerías destinadas á la ignorancia, y descripciones novelescas de un porvenir ficticio. El de la minoría de la comisión de Constitución es un documento razonado y que contiene un orden de consideraciones legales, expresadas con claridad y lógica. Dice uno de sus párrafos.

«El restablecimiento de nuestro crédito, no será la consecuencia ni del contrato proyectado ni de ningún otro de la misma índole. El afirmamiento del orden público; una administración inteligente y laboriosa; el fiel cumplimiento de las leyes y el respeto á los derechos de cada uno; un sistema de impuesto proporcionado y que no esté sujeto á constantes modificaciones; son los verdaderos fundamentos del crédito de las naciones y las garantías que busca el capital. El Perú ha celebrado muchos contratos; ha disipado muchos millones en obras públicas; ha concedido á sus acreedores hipotecas y prendas, á veces derechos que no hay como calificar; y no ha conseguido el crédito que con menores garantías tienen otros Estados ni los capitales que á ellos acuden para darles impulso y desarrollo.»

Comenzado el debate puede plantearse la situación de esta manera: ministerio que ha hecho cuestión de amor propio el triunfo del contrato; parlamento dividido lastimosamente en dos bandos irreconciliables: el de los convencidos en contra del contrato, y el de los interesados en favor; fluctuando entre ambos el de los vacilantes, que quisieran quedar bien con la Patria, pero sin molestar á S. E.; estos hombres cobardes, que luchan entre su deber y su conveniencia, son hijos de la vieja generación de esclavos, que no tienen idea clara de patriotismo; y, merced á ellos, tal vez sea sancionado el contrato. Los interesados son pocos; pero tienen la astucia y el descaro de nuestros políticos de intriga, y asustan ó alucinan á los que todavía creen que las abogaderas son razones, ó temen malquistarse con el Ejecutivo y quedar privados de sus pequeñas granjerías en las provincias.

\* \* \*

En medio de esta lucha sangrienta, han aparecido algunas páginas que aterrorizan: un autógrafo del Dr. Quimper pegado en las esquinas como documento infamatorio, y un libro terrible titulado «El señor F. G. O. y El Contrato Grace.» El primero ha sido contestado por Quimper; el segundo circula sin que nadie haya salido al frente para contradecir ó denunciar. En todo esto vemos á nuestros hombres del pasado historiando para el porvenir, y todo esto debería servir de ejemplo á la juventud del presente, que aún se muestra reacia á tan crueles lecciones. Frívola, indiferente ó apocada en su

mayor parte, sigue la marcha de los sucesos como si se realizaran en la Luna. Cuando no se muestra maleada por el consejo de los viejos y envuelta en sus miserias, el poder la deslumbra, el oro la atrae; y así, á una generación envilecida, hay peligro de que suceda una generación abyecta.

\*  
\* \*

Mendiguren continúa preso, entregado á los trámites enojosos de los leguleyos; en cambio Domingo Vivero ha obtenido un sobreseimiento, que no aparece como una absolución en forma.

Mendiguren es un reo sin culpa y por eso está encarcelado; otros son pecadores disculpados y gozan de libertad.

\*  
\* \*

Algunas leyes y decretos han venido á aumentar los legajos en el archivo nacional. Se ha puesto el cúmplase á la ley de Bancos Hipotecarios, á la de pensiones de gracias, á la del Tribunal de Responsabilidad y se ha decretado la reorganización de la guardia civil y la gendarmería.

El Tribunal de Responsabilidad. Hermosa teoría: rueda de lujo colocada en la máquina de la administración pública, gala de instituciones y apariencias de perfectibilidad.

\*  
\* \*

Se ha verificado, igualmente, el cambio de directorio en la sociedad de Beneficencia, lo que equivale al cambio de decoración para representar la misma obra.....

No podemos dejar sin comentario el decreto que organiza las Comisarias de Lima, y el que suprime los llamados agregados á las oficinas fiscales; el primero reduce el gasto sin mejorar la condición, y hubiera sido preferible que no se alterara el número y se mejorase la calidad: el policía en Lima es un poste más de los que se ven en las esquinas; un pobre hombre que gana su sueldo por aporrear al pueblo, tolerar los desmanes de la titulada gente decente y dejar á todos los vicios campo libre; el oficial es un paseante uniformado; y el superior, un simple guarda espaldas del Jefe del Estado.

La separación de los agregados no es otra cosa que el rechazo de los que no tienen padrinos. Para justificarlo, transcribimos los párrafos que siguen consignados en el «Porvenir» del Callao.

«Por el despacho del Ministerio de Guerra, se ha nombrado una comisión titulada «Junta Calificadora», compuesta de siete Jefes del Ejército.

«Por este mismo Ministerio, se ha nombrado una comisión llamada «Junta Permanente», también servida por siete Jefes militares.

Además, han sido agregados al expresado ministerio, siete oficiales; unos con la clase de mayores y otros con la de capitanes.

Las dos Juntas expresadas y los siete oficiales agregados, ocasionarán al Fisco un gasto de 2,000 soles mensuales, infringiendo así, el Presupuesto General vigente.»

\*  
\* \*

El batallón «Tarapacá» inició la idea de celebrar un acto fúnebre en el campamento de S. Juan, para re-

coger los huesos dispersos de nuestros compatriotas. ¡Honor y gloria á ese batallón que tan hermoso ejemplo ha dado! Mas, á través de ese acto que aplaudimos, hay un hecho que merece censura: asociadas á la idea del batallón otras personas, de lo primero que cuidaron fué de hacer una bolsa para preparar suntuoso almuerzo á la comitiva del Ministro de la Guerra: necesario era comenzar por el besamanos y unir á la triste ceremonia, las galas de un paseo de campo. Era un ex-ministro de Estado el iniciador de aquel banquete, y allí donde corrió la sangre de los héroes, se virtió la cerveza de los cortesanos.....

Reflexionando en esto, preguntamos, ¿qué es lo que hemos ganado después de las batallas? Sólo el silencio de las tumbas. Para los que vivimos no han pasado nuestras desgracias: no parece sino que hubieran sucumbido los buenos y que sobrevivieran los necios. Que extraño, pues, que los martes la mesa de la Legación chilena esté llena de comensales; que sean literatos los primeros en concurrir á ella, que una mujer de este suelo quiera llevar la corona nupcial dando su mano á la misma que nos abofeteó en San Juan?

Merecida tenemos nuestra suerte; y por eso levantan la cabeza y la yerguen tantos culpables!.....

\*  
\* \*

La Sección de Ciencias Políticas y Morales del Ateneo, ha verificado una conferencia. Actuaciones son estas que pasan como un espectáculo cualquiera. Mucho más ruido ha hecho el baile de una familia limeña. ¿Quién no buscó las crónicas para hablar de los brillantes de las señoras y ponderar el lujo de los vestidos. La conferencia nada ha sido. Se oyeron los discursos, se deleitó la concurrencia por breve rato con algunas tocatas; pero nadie fué estimulado por el trabajo intelectual.

Es necesario perdonar al Presidente de esa Sección sus exajeraciones piadoras, en gracia de que decanta patriotismo. Créese el buen señor en añejas alucinaciones católicas, como pudiera creer un campesino en brujas. No nos preocupan sus arrebatos ecuménicos, y nos complacen, aunque no mucho, sus verdades político-sociales y la fiel pintura que hace del Ateneo al hacerla de la Sección que preside.

\*  
\* \*

Nuestros teatros están desiertos: nada ni nadie los levanta; y ésto, que debe preocupar á los escritores peruanos, pasa tan desapercibido para ellos como la cosa más natural del mundo. Dos representaciones dramáticas ha habido en el «Olimpo», y si es verdad que la compañía Duélos no puede considerarse ni de segunda clase, vale mucho más, á no dudarlo, que la mejor cuadrilla de toreros; y muestra da del estado de nuestras costumbres, ver el Acho lleno, el día de la corrida de un Frascuelo, y vacío el «Olimpo», la noche de la representación de una obra de Echegaray.

¿Por qué ha decaído el drama y cuál sería la manera de rehabilitarlo? Hé aquí el tema con que terminamos esta revista.

IMP. DEL UNIVERSO DE C. PRINCE

CALLE DE LA VERACRUZ, 71—LIMA.